

## LA FILOSOFIA DEL LENGUAJE Y LA TRADUCCION

Por

WALTER A. TOLABA

1. Traducir (del latín *traducere*, hacer pasar de un lugar a otro) es expresar en una lengua lo escrito o expresado ya en otra, esto es, asir el significado de lo escrito y expresarlo en otro idioma y ello puede ser: interpretarlo, glosarlo, explicarlo. Para aclarar mejor el asunto se puede echar mano al ejemplo; supongamos la expresión:

*Was Hänschen nicht lernt, lernt Hans nimmermehr.*

a) Si alguien dice que esto significa: *lo que no aprende Juancito ya no lo aprenderá Juan*, consideraremos que tal expresión ha sido traducida,

b) si se sugiere que la expresión equivale a *Lo que usa el niño en primera edad ! Después eso se tiene como ereditat*<sup>1</sup> o que equivale simplemente al refrán *Burro viejo no marca el paso* la tendremos por traducida en un sentido amplio; más precisamente entenderemos que se la ha parafraseado o también que se ha realizado una transposición poética,

c) si se la pretendiera expresar así:

(*x*) (*y*) ( $\neg Fx > \neg Fy$ ); *x* = *Juancito (un niño)*; *y* = *Juan (un hombre)*,

entonces no la admitiremos como traducción, antes bien diremos que se ha efectuado una formulación,

<sup>1</sup> GONZALO DE BERCEO, *Vida de Sancto Domingo de Silos* (471).

d) sea todavía que alguien la exprese con puntos y rayas, es decir en alfabeto morse. Esto tampoco constituye una traducción; simplemente se trata de una transmisión.

En los dos primeros ejemplos, tenemos ya los casos de la traducción *literal* y de la traducción *libre*. La primera suele consistir en un riguroso reemplazo de término por término, generalmente numerando cada uno de ellos para poder seguir, en la versión que se da, el número correspondiente del original. Este tipo de traducción, además de su importancia didáctica, puede resultar útil en el análisis de materiales lingüísticos; pero en la mayoría de los casos ha sido criticado de matar al original presentando un aspecto desfigurado, ora duro, ora caricaturesco y falto de propiedad léxica y conceptual. La segunda, en cambio, consiste en crear o en recrear. Se toma un texto remoto y, cuidando no alterar su idea original, se lo trae al ambiente propio. El que traduce libremente llega, a veces sin darse cuenta, a una verdadera creación y aquí yace el peligro: puede que el traductor nos dé sus sentimientos en vez de los del poeta, la idea original puede estrangularse entre los términos que toma prestados. Lo más probable, y más frecuente, es que la idea original no sea reproducida totalmente al ser expresada en palabras distintas. En estos casos, ya se le quite, ya se le agregue, constituye una *paráfrasis*. En el ejemplo b) tendremos por parafraseada la expresión alemana.

En el presente trabajo consideraremos la traducción literal y la formulación como formas más propias para la ciencia y la traducción libre del tipo c a veces como más convenientes para las obras de metafísica y para la poesía. No consideraremos por tanto el caso propuesto en d. Este problema corresponde más bien a la teoría de la *transmisión* o de la *comunicación*, fundamental en cibernética y que abarca, desde su punto de vista, todos los medios (incluso el lenguaje) aptos para transmitir una información en la vida de relación. No obstante antes de despa- char definitivamente la cuestión agregaremos que, en este caso, aunque el operador que se halla recibiendo el mensaje telegráfico *traduce* pulsaciones más y menos largas sobre un trozo de papel, ello es posible, como

## *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

dice Hocket <sup>2</sup>, por una previa convención semántica del sistema. Pero el hecho de que este operador llegue por hábito a pensar, ya bajo la forma de un simbolismo auditivo, ya bajo la forma de un simbolismo motor del golpeteo, no implica que cambie de una a otra lengua, sino que lo que hace es cambiar de una a otra forma el mismo lenguaje. Ahora bien, llevado a otros sistemas de comunicación, como el de banderitas de los buques o el lenguaje de sordomudos, este cambio de forma, si no muda de un lenguaje a otro, al menos lleva a un punto *donde el lenguaje ya no desempeña propiamente ningún papel, donde las ideas se transmiten de manera directa por un proceso simbólico que nada tiene que ver con él* <sup>3</sup>. Que esto sea o no traducción, depende de que se entienda por tal, pero no lo trataremos en nuestro análisis, ya que no partimos de un hecho tan amplio y profundo como es el habla. Sólo nos referiremos al traducir de lo que se ha escrito en una lengua. Y por esta razón dejaremos de lado el problema de la traducción en las lenguas primitivas que sólo existen en la expresión oral, problema cuya dificultad han puntualizado B. Malinowski <sup>4</sup> y W. Marshall Urban <sup>5</sup>.

### TRADUCCIÓN Y CIENCIA

2. *Traducción de la ciencia.* Si se atiene a la definición de ciencia como conocimiento de lo general, válida aun para la mayoría de las ciencias, no parece, a simple vista, haber grandes dificultades en el traducir obras científicas. Ni siquiera será menester traducir las fórmulas matemáticas, las físicas o las químicas. A lo más habrá que transliterar símbolos a otro alfabeto, pero esto implica una formulación y no una traducción. La traducción en este caso sería la expresión e inter-

<sup>2</sup> HOCKET, Charles F., *A course in Modern Linguistics*, MacMillan Company, 1959, p. 140.

<sup>3</sup> ŠAPIR, Edward, *El lenguaje*, F.C.E. México 1950, p. 29.

<sup>4</sup> OGDEN, C. K., RICHARD, I. A., *El Significado del Significado*, Paidós, Buenos Aires, 1954, p. 310.

<sup>5</sup> MARSHALL URBAN, W., *Lenguaje y Realidad*, F.C.E., México, 2ª edic., 1952, p. 610-612.

pretación por medio del lenguaje, de esas fórmulas, pero ello no le interesa a la ciencia ya que su ideal es acabar precisamente en fórmulas matemáticas sus hipótesis. Ahora bien, no debe olvidarse que las fórmulas no *dicen* nada, sino que sencillamente operan; y que ese operar, ese mecánico transformar de resultados inteligibles, tiene de suyo un significado que poco importa que se lo trate en español o en árabe. Aún más: en muchos casos no es posible expresarlo en lenguaje ordinario so pena de apuntar a otros significados completamente dispares y, a menudo, esto ocurre con muchos conceptos científicos, que, fórmulas o no, no se pueden intuir completamente. Pero no todas las ciencias se expresan con fórmulas matemáticas, tal ocurre con la historia, la biología o el psicoanálisis. Estas nos dan una serie de nociones en un lenguaje cuyo ideal es expresarse en leyes generales y forma de relaciones y, mientras se cumpla este requisito, su traducción no presenta más dificultad que la que trae aparejada el conocer, además del otro idioma, la ciencia misma, puesto que los significados que ésta postula son distintos de los del lenguaje coloquial aunque sean más exactos y precisos debido a que son postulados, esto es establecidos, *ad-hoc*. Claro que cabe la objeción que esta *lengua bien hecha*, estas leyes generales con términos *ad-hoc*, tal vez constituyan sólo una *pseudolengua*<sup>9</sup>. De todas maneras no todo se comporta así en el lenguaje de los tratados de historia o de psicoanálisis, aceptando desde luego que sean ciencias y no artes. El que en ellas habla suele, además de fórmulas matemáticas, echar mano a una serie de metáforas, pleonasmos e incurre ex profeso el elipsis, etc. En estos casos su lenguaje semeja al de la poesía. Más correctamente es un lenguaje poético y también es *dramático*. Ello porque, además de los elementos *indicativos*, o sea objetivos, hay en sus proposiciones también elementos *emotivos*, *subjetivos*. Aquí comienzan las dificultades de la traducción. El lenguaje se hace menos *claro* es decir, menos *lógico* y por ende menos traducible. Es que cuando más lógico es un

<sup>9</sup> ORTEGA Y GASSET, *Miseria y Esplendor de la Traducción*, en *Obras Completas*, tomo IV, Madrid, Revista de Occidente, 4ª edic., 1958, p. 433-451.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

lenguaje es más fácil su traducción. Pero, por desgracia, el lenguaje es lógico e ilógico y no exclusivamente una de ambas cosas. Si bien todo el decir, así como el pensar, está moldeado por la lógica y cualquier oración que diga algo tiene ya forma lógica, a la vez, el lenguaje corriente, como el científico y como cualquier otro no son únicamente lógicos pues a la larga son indefectiblemente metafóricos y elípticos. Este tipo de lenguaje será mejor *analizado* como lenguaje poético.

3. *Ciencia de la traducción*: Marouzeau dice que el traducir no es un arte; que si no es una ciencia es al menos una técnica<sup>7</sup>; claro que se propone dar allí unos consejos generales prácticos para que los estudiantes puedan traducir del francés al latín. En este sentido sí pueden darse métodos y consejos. Y el primero que Marouzeau enuncia es el que se da a cualquier traductor de cualquier lengua: *aprender bastante*, aunque inmediatamente agrega el de *desaprender bastante*<sup>8</sup>. Efectivamente es un anhelo general el que el traductor domine la lengua que debe traducir *casi* como la suya. Así, por el estilo, pueden darse otras reglas. Pero con todo esto no se alcanza a formar una ciencia. No hay una ciencia de la traducción. A pesar de ello, muchos de los aspectos de la traducción están diseminados dentro de una moderna ciencia que se ocupa del significado y que se llama *semántica*. Es la hija más joven de la lingüística, pero también la más ambiciosa. Si todos sus proyectos se cumplieren, los problemas de la traducción caerían bajo su jurisdicción, teóricamente muy amplia. Es que ella estudia no sólo el significado sino su cambio y, como si implicara poco, también la relación entre significante y significado. Pero un territorio tan extenso es imposible de controlar, por tanto se introducen en él con facilidad nociones y puntos de vista de la lógica y hasta de la sociología y ya ambas dos ciencias tienen sus *semánticas* que son respectivamente la *semántica filosófica*

<sup>7</sup> MAROUZEAU, J., *La traduction du Latin*, Les Belles Lettres, 1943, 3ª ed. p. 5.

<sup>8</sup> *Id. id.*, p. 12.

y la *semántica general*<sup>9</sup>. Ya se han hecho tres de una parte de lo que Saussure predijo que sería una<sup>10</sup>. Pues bien, parece, con todo, que la semántica lingüística nunca logra pleno éxito cuando intenta dar reglas para los cambios de significado; por esa misma razón no puede haber todavía, se nos ocurre, ciencia de la traducción. La semántica y el hecho de la traducción tienen mucho de común aunque éste está continuamente saltando de una a otra lengua cuando analiza los cambios de significado. Cuando aparece una cosa nueva y con ella un nuevo término, como por ejemplo *nafta*, la semántica se ocupa de analizar el significado respecto del hecho que ha tenido lugar con esa aparición. Pero cuando lleva esto a cabo, tiene que atender al concepto y realizar aclaraciones y si para evitar confusiones, compara el concepto con el de otras lenguas: *gasoline*, *Naphta*, etc.; entonces está ya en el dominio de la traducción. Luego y por lo tanto lo que podría llamarse *ciencia de la traducción* depende más bien del cambio del concepto de las cosas que del cambio de las cosas, mientras que la semántica depende o se conjuga más con el cambio de esas cosas, entendiéndose aquí por cosas hasta los sentimientos humanos. En otros términos, si se concede gratuitamente la hipótesis de que el cambio semántico no es arbitrario, diremos que su arbitrio depende más generalmente del cambio de las cosas, mientras que el de la traducción depende del arbitrio del traductor.

#### TRADUCCIÓN Y FILOSOFÍA

4. *Traducción de la Filosofía*. La interpretación metafísica es difícil, no tanto así su traducción. En todo caso se impone aclarar la diferencia entre ambas. Si el traductor domina la lengua extranjera

<sup>9</sup> Cfr. GUIRAUD, Pierre, *La Semantique*, en *Que sais-je*, París, Presses Universitaires de France, 1959, Cap. VI.

<sup>10</sup> DE SAUSSURE, Ferdinand, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1945, p. 60.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

tanto como la materna, no tendrá dificultades en traducir *duréé* por *duración* o en el caso de la proposición: *Reines Sein und Nicht sind dass elbe* simplemente por *El puro ser y la nada son lo mismo* y que se comprenda o no hacia donde apuntan estos términos dependerá poco y nada del hecho de que hayan sido traducidos, dependerá, antes bien, de que estén más o menos arraigados en la experiencia. Respecto de esto último, hay una cosa cierta: que cuando la palabra mentada ha sido vivida se comprende mejor. Y si bien *se aprende mejor lo que se vive* también Juancito aprende mejor que Juan. Las palabras *voluntad*, *Dios* las aprendió Juancito; las palabras *absoluto*, *nómeno*, *sustancia* las aprendió Juan. En consecuencia, cuando se dice *el mundo es voluntad*, se respira con más alivio que cuando se dice *sustancia pensante y sustancia externa son una misma realidad*. Filosóficamente es tan complejo y difícil el análisis de ambas proposiciones, pero ocurre que cuando se dice la primera, frente a la variabilidad de significados que se adscribe, hay uno que se mantiene como núcleo más nítido y constante, más comprensible y vívido de suyo, pues se aprendió antes y la realidad se vé a través de los cristales de la lengua materna. Efectivamente: si se dice *caballo*, todos, a pesar de la diferencia de matices, piensan en un caballo; pero si se dice *nómeno*, cada uno elabora conceptos dispares que, en cuanto formas de pensar, poco o nada de común tienen. En el esquema de Saussure se dirá para estos ejemplos que la palabra *tiempo* tiene un *significado* y un *valor*. Si se traduce *tiempo* del español al inglés se notará que en español tiene, además de *time*, un segundo término *weather*; pues bien, este segundo término es el que varía el valor; no así el significado<sup>11</sup>. Pero cuando se toma la expresión *tiempo* metafísicamente se adscriben tantos términos que amenazarían velar su significado si este no se refugiara en la lengua materna. Y la complicación sobreviene cuando la palabra es toda ella metafísica como *nómeno*; en ese caso es problemático dar con su significado; resulta fácil y difícil

<sup>11</sup> SAUSSURE, F. de, *Curso*, edic. cit., 2ª parte, Cap. IV, *El valor Lingüístico*.

traducirlo<sup>12</sup>: fácil si se lo traslitera, o sea que no se lo traduce, siendo esto lo más frecuente; difícil, si su traducción supone toda una interpretación. Y esta interpretación se hace compleja porque el significado primigenio se va perdiendo en unã abstracción cuando ya no se habla la lengua. Ello ha ocurrido con los términos griegos como *φύσις*, *λόγος* sobre los que ahora no se llega a un acuerdo sobre su significado pero a los que los presocráticos mentaban cotidianamente;

<sup>12</sup> No se trata aquí del valor ontológico de la expresión, aunque este valor está también vinculado con su significado, ya que desde este punto de vista, toda palabra, ya sea coloquial, ya científica, puede ser metafísica. Efectivamente, *caballo* tiene un significado en lenguaje ordinario pero también lo tiene y muy distinto, si se pregunta por el *Qué* del caballo. Los ejemplos arriba citados conciernen más bien al significado del signo *lingüístico* en metafísica y se pueden aún aclarar más remitiéndose al esquema de Husserl. En las *Investigaciones Lógicas* (tomo II, Investigación I, cap. I, § 12 y 13) se distingue entre signo, significado (*die Bedeutung*) y el objeto significado (*dieses Bedeutetes*). Puede haber variación de signo sin que varíe el significado (*dos, deux, two*); también puede haber variación de objeto, o sea que el signo y el significado de *caballo* pueden designar: *Bucéfalo* o bien *caballo de carro*, es decir que hay una variación de estado de cosas frente a un mismo significado. Pero con *nómeno*, desgraciadamente, los elementos que varían son dos: significado y objeto. Frente a un solo punto fijo hay dos móviles que imposibilitan su determinación precisa y se arriba a una serie de abstracciones de abstracciones. En el triángulo, con que últimamente la semántica estudia este fenómeno, sólo parece existir, para el caso citado, un vértice seguro: la forma (o expresión, esto es, *imágen acústica* del signo); los otros dos vértices que son concepto (significado) y cosa (objeto, realidad), varían. Esto dificulta la construcción de su campo semántico y, ocurre a menudo y también en las traducciones, que su concepto (significado) es reemplazado por una definición del concepto mismo. Este último proceder puede involucrarse dentro de la moderna noción científica de *explicación* donde la definición del concepto *nómeno* puede considerarse un *explanandum* cuyo *explanans* (C. Hempel, P. Oppenheim) será una ley general y su consecuencia lógica. De todas maneras el problema es lexicográfico. No se trata tampoco de semántica lógica (Tarski, Carnap) en donde se pretende resolver el problema del significado *científicamente* y en donde quizá la variabilidad de significados del signo o símbolo *nómeno* pueda compararse a una función proposicional donde los valores que se le asignan a *x* tengan cierto entorno. Estas nociones semánticas lingüísticas, que parten de la citada noción de valor de Saussure y a la que corresponde la de significado de Husserl ya mencionada, son acerbamente criticadas pero nunca destruidas por OGDEN, C. K. y RICHARDS, I. A., en *El significado del significado* (Buenos Aires, Paidós, trad. de E. Prieto, 1954, p. 30 ss.) donde se esboza por vez primera el triángulo en cuestión y respecto del cual puede consultarse ULLMAN, Stephen, *Principles of Semantics*, London, 3ª edic., 1959, p. 72 ss.



### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

y por más que se diga y que se haga en el presente no se los vive como ellos. Se ha marchitado la intuición original y lo que los filósofos hacen es acercarse con bellas metáforas, pidiendo prestadas muchas de aquellas palabras originales, extraídas del contexto escrito y a veces traducidas del latín, pero sin acertar nunca en el límite preciso de su significado, o sea sin comprender del todo. Casi todo el filosofar de Occidente parece haberse reducido a esto: traducir a los griegos. Si la filosofía es esto, entonces no es asombroso ni extraordinario que sea la lengua griega la más perfecta y espiritual para la metafísica occidental puesto que todo el filosofar está acuñado por consideraciones sobre su semántica. Traducir, en el sentido amplio del término, es decir explicar en la cultura actual lo que fue expresado en las palabras griegas, es filosofar y profundamente. Traducir en el sentido corriente, es decir casi literalmente, no es nada difícil: el *todo fluye* se traduce a cualquier idioma y se entiende aunque no se comprenda jamás. Restaría saber cuál de los dos hechos representa el ideal del traducir. Traducir en el primer sentido es llevar al lector a la lengua del autor. Traducir del segundo modo es todavía menos que traer al autor al lenguaje del lector. Lo último, según Ortega<sup>13</sup>, dará sólo una imitación del original y es esto lo que se ha hecho casi siempre hasta ahora. Traducir en el primer sentido es lo que se ha intentado al historiar la metafísica: traducir a los griegos a la presente cultura o, lo que es casi igual, intentar transportarse hasta la cultura de los griegos, ya que el filósofo contemporáneo, cuando crea o postula una nueva teoría, él mismo se encarga de transponerla en algunos términos griegos porque sospecha que ellos antes tenían ya el significado correspondiente. Y cuando a ese significado se apunta la utópica tarea nunca termina, porque el significado primero de esas palabras y oraciones ya ha pasado. La representación ha finalizado y los actores se han retirado del tablado. Se puede reconstruir la escena pero los actores ya no son los mismos. Parece que no se puede in-

<sup>13</sup> ORTEGA Y GASSET, J., *Miseria y Esplendor de la Traducción*, edic. cit., p. 449.

yectar vida a una lengua que ha muerto. Y el griego, como el latín, es una lengua *muerta*. Que el latín viva aún en las lenguas romances, como observa Marouzeau<sup>14</sup>, no implica que esté vivo. Ya no se habla. Pero lo interesante de estas lenguas muertas es que sus exequias nunca terminan; siempre se remueven sus restos ansiando encontrar un hábito de vida. Se traduce y retraduce y ello es porque sus significados no dejan con los de la cultura presente. El continuum cultural no se termina de fraccionar.

Tomemos a guisa de ejemplo, uno de estos términos griegos: *λόγος* en el fragmento 53 de Heráclito. El traductor, Heidegger<sup>15</sup>, dirá que *lógos* no significa allí sentido ni palabra, tampoco teoría sino *la constante y en sí misma imperante totalidad reunida, que reúne en sentido originario*. Aquí no se da el significado (concepto) sino que, como antes señalamos, se lo reemplaza sin traducérselo, por una definición, previa exclusión de otros términos. Lógicamente esto es inexacto puesto que *palabra* es, aun en Heráclito, en parte *lógos* y también lo es *sentido*. Además dentro de los significados que la definición postula, caen en parte los de *palabra* y de *sentido*: *la constante y en sí misma imperante totalidad reunida que reúne en sentido originario* puede considerarse una definición de *palabra* ya que para que la palabra llegüe precisamente a serlo debe reunirse en sentido originario. Así, cuando por primera vez se dijo *caballo* o *mesa*, aquí o donde fuese, se *reunió* allí o donde fuese *la constante y en sí misma totalidad reunida*; aunque difícilmente se pueda aseverar tanto, o bien que esta *totalidad reunida* se encarnó luego en las palabras *caballo* o *mesa*, o bien que estas palabras, una vez en el lenguaje, produzcan conceptualmente aquella noción así definida. No es menester pronunciarse entre estas dos posiciones, tan difíciles de sostener, para colegir cierta coincidencia con la definición heideggeriana de *lógos* y la actual significación de *palabra*. Todo esto lejos de implicar fal-

<sup>14</sup> MAROUCZEAU, J., *Introduction au Latin*, Paris, *Les Mèlles lettres*, 1943, p. 7.

<sup>15</sup> HEIDEGGER, Martín, *Einführung in die Metaphysik*, Tübingen, Max Niemayr, 1953, IV, 3.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

sedad o inexactitud, nos revela que el filósofo puede dejar un término sin traducir y explicarlo, no sólo con definiciones lógicas, sino también con metáforas con las que trata de reconstruir un significado que pudo ser el originario. Frente a la polisemia del término, llama la atención sobre un aspecto nuevo. Aquí el razonamiento lógico puede velar su esfuerzo. Es cierto que decir *lógos no es palabra* es lógicamente incorrecto, como lo es decir *Chaco no es Argentina*, pero si ésta es una voz de protesta, entonces es metafóricamente correcta. Si a este intento de Heidegger de explicar una palabra mediante una proposición, por no encontrar la equivalente para traducirla, se agrega por otra parte la opinión de Cassirer<sup>16</sup>, de que la llamada *oscuridad* de Heráclito, no es occidental ni voluntariosa, sino que se adecua a su pensamiento, ya que allí el estilo del pensamiento y el estilo del pensar son mutuos porque el tema es de por sí oscuro. Y si se tiene en cuenta, aun, que los griegos escribieron sólo parte de lo que expresaron, o sea que, entre las oraciones y palabras hay mucho de silenciado, entonces se caerá en la cuenta de la hereúlea tarea a que está abocado el filósofo de Occidente: traducir de los griegos. Durante mucho tiempo la Historia acusó a la Edad Media de decadente por limitarse a eso únicamente. Sólo cuando los filósofos se dieron cuenta de que su hacer era también éste, comenzaron a reivindicar a sus antecesores del medioevo. A partir de entonces tuvieron doble tarea: traducir-interpretar a los filósofos que escribieron en griego y en latín.

Todo esto implica traducción en sentido amplio, como el ejemplificado en 1.b. En sentido estricto quizá sea reemplazo de un término metafísico por otro y, desde luego, de una oración por otra. Quizá, más sencillamente, una simple transliteración, por ejemplo, de los caracteres griegos a *logos*, de los caracteres chinos a *tao*, etc. Se puede dudar en traducir el término metafísico *tao* por *camino* o por *prin-*

<sup>16</sup> CASSIRER, Ernst, *Philosophie der Symbolischen Formen*, Oxford, Bruno Cassirer, 1956, tomo I, p. 59.

*cipio*, ya que procede de una lengua muy dispar<sup>17</sup>. Tal vez si se deja sin traducir sea igual. Sólo cuando desee justificar la traducción se realizará una interpretación, esto es, traducción libérrima. De este análisis parece seguirse la siguiente consecuencia: o bien las obras metafísicas son traducidas en sentido amplio, comentadas con abundantes notas al pie, o bien se reemplaza sólo términos dejándose claro lo que ya es claro y oscuro lo que es oscuro. Esto equivaldría a sostener la tesis de que poca dificultad hay en traducir metafísica puesto que puede pensarse que la interpretación corre por cuenta del lector y ninguna obligación de clarificar por cuenta del traductor. Parece haber verdad en esto último ya que el traductor por lo común entrega traducidos los términos *ser ahí* o *existencia* aunque no explicados ni clarificados. O en otros casos, cuando no encuentra en la lengua el equivalente, inventa uno que corresponde, tomando la precaución de añadir el original entre paréntesis. Si esto es traducir, todas las obras metafísicas pueden traducirse y el pensamiento de Heráclito y el de Lao Tsé, ya han sido traducidos. Pero si lo que se quiere es una interpretación —patencia de la *intención* del autor— entonces, ninguno de los dos ha sido traducido, entonces, se han hecho muy pocas traducciones.

Ahora bien, este tipo de traducciones —1.a, casi ad litteram—, es decir, lo que se ha hecho comúnmente hasta ahora, presenta el insoluble problema de la polisemia, o sea el de los múltiples significados de una palabra y también de una frase que nunca coinciden completamente con las de otra lengua. Los valores (Saussure), que toman, en su significado no pueden tener su equivalente exacto en la palabra con la que desea reemplazar. Pero se debe reconocer que muchos autores amontonan dificultades cuando aluden a este reemplazo. Así, por ejemplo, Hocket dice que si preguntamos a un ruso que conoce algo de inglés por el significado de la palabra *drúk*, su respuesta será *friend*, pero que esto es sólo a medias verdadero, ya

<sup>17</sup> CARPIO, Adolfo P., *El Tao Te King de Lao Tsé*, Buenos Aires, Sudamericana, 1957, p. 22-23.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

que la circunstancia social precisa bajo la cual un ruso llama a otra persona *drúk* no es la misma que aquella bajo la cual nosotros llamamos a alguien *amigo*<sup>18</sup>. Efectivamente, esta circunstancia es importante respecto de la comunicación, que es base de la integración social. Pero las variaciones o diferencias que pudieran haber, dependerán más del cambio de una a otra superestructura social a que pertenezca el individuo, que de la variación de la comunidad idiomática. Esto es: la circunstancia social bajo la cual el premio Nóbel de física ruso llame *amigo* a su igual colega americano de Boston es mucho más similar que la circunstancia que pueda darse entre el bostoniano y un negro de Nueva Orleans<sup>19</sup>.

Dejando de lado momentáneamente las dificultades teóricas, recordemos que en la práctica *la salida más frecuente consiste en establecer la significación fundamental de las palabras y frases de la lengua en que la obra ha sido escrita, buscar la palabra o frase que mejor exprese esa significación en la lengua a la cual se traduce; sacrificar por lo menos las connotaciones menos importantes del original, y tratar de que la palabra elegida para la traducción no introduzca connotaciones nuevas ajenas a las del original. Desde luego este difícil trabajo nunca puede darse por acabado: hay en una lengua efectos que es imposible reproducir en otro idioma*<sup>20</sup>. El autor que así se expresa critica seguidamente la traducción española hecha por Gaos

<sup>18</sup> HOCKETT, Charles F., *A course in Modern Linguistics*, edic. cit., p. 141 Cfr., también respecto de las dificultades de traducción de los tiempos del hebreo al inglés, GRAY, Louis H., *Foundations of Language*, N. York, The MacMillan Co., 1958, pp. 204-205.

<sup>19</sup> Humboldt había ya considerado respecto de las distintas representaciones de distintos individuos respecto de las diversas lenguas, que era aleccionador establecer una doble comparación: *la de las palabras de diversos idiomas que corresponden a un concepto análogo y las de una misma lengua que pertenecen a una misma especie (Ueber die Verschiedenheit)*, p. 209, citado en VALVERDE, J. M., *Guillermo de Humboldt y la Filosofía del Lenguaje*, Madrid, Gredos 1955, p. 143. Para *superestructuras sociales*, cfr. las obras de GURVITCH, Georges.

<sup>20</sup> VÁZQUEZ, Juan Adolfo, *El lenguaje de la Metafísica*, diario *La Nación*, Buenos Aires, 30 de setiembre de 1951.

de *El ser y el tiempo*<sup>21</sup> de Heidegger porque considera que una versión ad litteram, no puede en este caso ser fructífera para el lector y ejemplifica, entre otras palabras, con *ser ahí*, sosteniendo con mucha razón, que tal expresión no dice nada hasta tanto no se le agregue al lector una aclaración interpretativa. El traductor, por su parte, renuncia, en el prólogo de la obra mencionada, al ideal de recrear la obra en lengua española, permaneciendo, entonces, fiel al espíritu del texto porque aquel proceder, dice, daría una mera *paráfrasis* lejana al original; sostiene que la versión literal es la única posible y ejemplifica también, entre otros términos, con *ser ahí*. Esta es la *única en posibilidad* (subrayado nuestro) *de dar el pensamiento auténtico de Heidegger a los interesados por él: las mismas ideas en las mismas relaciones...* El crítico replica: *acaso Gaos piensa que al ver la palabra compuesta ser ahí al lector español se le ocurrirán todas las ideas a que él se refiere, pero es muy probable* (subrayado nuestro), *que por desgracia tal cosa no suceda*. En fin, la discusión surge a causa de la variabilidad de los valores de los términos; es *posible* que con esa forma elegida se dé el pensamiento auténtico de Heidegger o es *probable* que no ocurra. A nuestro entender la polémica surge porque se trata, en esa variabilidad, de tres lenguajes —cuatro quizá— en vez de dos. Si se exige una traducción de *Sein und Zeit* a la lengua española, es decir al idioma español, Vázquez tiene sobrada razón de pensar que ella jamás se logrará ad litteram. Pero para que se lleve a cabo una así correcta traducción es necesario que se traduzca la obra previamente al alemán. Una vez que se tenga el *lenguaje* de *Sein und Zeit* traducido al *idioma* alemán, entonces será muy probable y muy posible pretender un Heidegger español en excelente versión al lado de la cual, la literal parecerá una monstruosa deformación. Pero tal vez esto constituya una vana pretensión como la de pedir un *Heidegger al alcance de todos* y una difícil pretensión como es la de solicitar una buena traducción de traducción. Mientras tanto, opina Gaos, y con

<sup>21</sup> Fondo de Cultura Económica, México, 1951. *Prólogo* del traductor.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

toda la razón del mundo, sólo puede dar de ese particular lenguaje creado por Heidegger, en donde las formas no coinciden del todo con las formas morfológicas y sintácticas alemanas, una versión literal sin perjuicio de que acompañe en un volumen aparte, como lo hizo, una explicación de su traducción. Es la variabilidad de los valores de las palabras metafísicas, pues, la que suscita estas polémicas y la que dificulta su interpretación aún dentro de la misma lengua. De allí por tanto, la dificultad del traducirlas, pero de allí también la probabilidad de que al cambiar de lengua puedan tornarse más clarividentes y que por esto la traducción sea *una bendición para los pueblos*<sup>22</sup>. De allí proviene también la causa de que el filósofo elabore una teoría metafísica y que al despertar del día siguiente no le parezca ya la misma. Y es esta variación también la que suele modificar las concepciones de los metafísicos y da un *jóven* Platón o un *jóven* Husserl.

Es justo meditar aquí, a manera de digresión, si el hecho de que se comprenda la traducción a medias o que no se la comprenda, no obedece a la naturaleza del original por sí oscuro. Existe una tendencia innata injusta a desconfiar del traductor y a pronunciar sentencia en su contra cuando algo no se entiende. Es viejo el calificativo de *traduttore* para el *Traduttore*. Los que tradujeron *yo soy el que es...* nunca fueron criticados porque la proposición fue breve. Si la frase hubiese sido expresada en un volumen, difícilmente se hubiesen librado sus traductores de un juicio por traición. No siempre es así y a veces el lenguaje se comporta como un bondadoso instrumento que salva al traductor. Así, aunque el que tradujo *antes pasará un camello por el ojo de una aguja...* se equivocó de medio a medio pues puso *camello* por *cable*, sin embargo, nadie dejó de recibir el mensaje que vaticinaba la sentencia. Ortega, se nos ocurre, tenía conciencia de esta predisposición contra los traductores. Por eso además de hablar de la *miseria* de la traducción, sarcásticamente se permite recordar que

<sup>22</sup> HEIDEGGER, M., citado por ROSALES, Irene, en *Cuadernos Filosóficos*, N° 3, Rosario, Universidad Nac. del Litoral. Nota bibliográfica, p. 78.

todos los quehaceres del hombre son utópicos, si a fin de cuentas es el único animal malhumorado porque nunca alcanza lo que se propone. A qué entonces tomárselas con el traductor.

5. *Filosofía de la traducción.* ¿Qué elementos son comunes a todas las lenguas? ¿Existen, a pesar de la diversidad de idiomas, elementos universales idénticos? Según Delacroix, *en cierto sentido el lenguaje es el mismo dondequiera y sólo hay un lenguaje humano único, en el cual las diferencias son tan sólo como un bordado en el cañamazo común.* Siguiendo a Otto Jespersen<sup>23</sup> de quien copiamos la cita y dejando de lado la cuestión de si todas las lenguas descienden de una y las polémicas de si la semejanza de las diferentes lenguas derivan o no de su parentesco, citaremos brevemente algunos elementos comunes o universales anotados por él: a) fisiológicamente, por ejemplo, debe reconocerse que si se distiende el labio inferior no suena la *f* ni la *v*; b) morfológicamente, hay en todas las lenguas una inclinación hacia las reduplicaciones; c) desde el punto de vista semántico: leyes generales del pensamiento se reflejan en leyes de cambio de significado; *korn* que ha tomado el significado de cebada o sea que el nombre para un concepto es sustituido por un nombre más específico. Otro hecho observado por Jespersen que toca más de cerca a la traducción: d) es el reconocimiento de que, en los últimos tiempos, es cada vez mayor el número de palabras comunes a toda la humanidad: café, té, radio, tragedia, etc.

Pero para nuestro objeto, más importante que considerar cual de las leyes generales del pensamiento se refleja en el tipo de cambio semántico, es el preguntarse por las leyes del pensamiento en todas las lenguas. Pero esto es poco más o menos que preguntarse por el objeto de la filosofía del lenguaje. Y como ello ha sido estudiado por Cassirer en un volumen<sup>24</sup>, nos limitaremos a esta obra, con la intención de descubrir la relación de lo universal en las lenguas y la traducción. En el citado

<sup>23</sup> En *Humanidad, Nación, Individuo*, Buenos Aires, *Revista de Occidente arg.*, 1947, Cap. XI.

<sup>24</sup> CASSIRER, Ernest, *Philosophie der symbolischen Formen*, Erste Teil, Oxford, Bruno Cassirer, 2ª edic., 1923.



### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

tomo I, se asigna a la filosofía del lenguaje como objeto, no la variedad de las lenguas, ni su historia, sino la universalidad del lenguaje a través de los distintos idiomas. De la observación de las distintas lenguas se infieren algunas normas más o menos universales. Pero en Cassirer, neokantiano, priva un aspecto representativo del lenguaje: el lenguaje es un sistema de representaciones intersubjetivas. Pretende, por tanto, presentar una síntesis de las formas del pensar que yacen en todo idioma y con ese propósito analiza las categorías de espacio, de tiempo y cantidad, de intuición del *yo* y del *tú* a la luz de sus semejanzas y de sus diferencias en las formas de expresión. Así, por ejemplo, indica el nexo que hay entre la expresión de relaciones espaciales y las palabras con que se mencionan los diferentes puntos del cuerpo (muchos primitivos tienen expresiones análogas para *atrás* y *espalda*, *adelante* y *ojo*, etc.). Otro ejemplo: la intuición del *yo* en las lenguas primitivas está muy ligada a la intuición del cuerpo; la intuición del *yo* puro o *trascendental* es muy posterior<sup>25</sup>. Además de estas categorías que son intuitivas, distingue dos tipos de categorías conceptuales que son conceptos clasificadores. Respecto de estas últimas observa Cassirer que las lenguas primitivas carecen generalmente de nombres que designen clases o subclases de objetos y abundan, en cambio, en vocabulario para designar objetos individuales. Asimismo pone de relieve que en las diferentes culturas las clasificaciones se efectúan con criterios muy dispares, de donde se sigue la heterogeneidad de la forma interior en las lenguas. Por lo tanto, sólo resta consignar en estos casos *algunos puntos de vista generales en sus clasificaciones y ordenaciones*<sup>26</sup>. Trata aún un tercer tipo de categoría, el de relación que se conecta con la oración. Pero a manera de recapitulación y dejando de lado las subsiguientes formas de universalidad, señalemos el camino que se ha seguido en la mencionada obra mediante una cita del propio Cassirer: las categorías lingüísticas conducen *de la impresión sensorial a la intuición, de la intuición al pen-*

<sup>25</sup> *Id. id.*, p. 229.

<sup>26</sup> CASSIRER, E., *Op. cit.*, p. 270.

*samiento conceptual* (zum begrifflichen Denken) y de éste hacia el juicio lógico...<sup>27</sup> De allí se desprende que cuando más primitiva es la lengua, menos revelará nombres conceptuales y, en cambio, su vocabulario primitivo tendrá más variedad para designar objetos del mundo. Respecto de la traducción, por el momento sólo cabe agregar que son estas similitudes de los diversos grupos lingüísticos las que permiten captar el sentido de otros idiomas. En este respecto puede constituirse en útil auxiliar el esquema de Cassirer, pero no precisamente para indicar cómo debe traducirse, sino para poner en antecedente qué categoría priva más en una lengua y, atendiendo al funcionamiento de esa categoría, ligar conceptos que podrían parecer incomprensibles o extraños, como por ejemplo los que se refieren a ritos o a determinadas costumbres. Suponiendo que se deba traducir la expresión *el hombre está enfermo* a diversas lenguas americanas. Habrá aquí que tener en cuenta, entre otros detalles: la categoría de espacio, puesto que para su forma de expresión es más importante la distancia del que pronuncia respecto del que escucha; si el enfermo es visible para ambos; el lugar y posición del enfermo mismo, etc.<sup>28</sup> Pero este esquema<sup>29</sup> puede orientarnos mejor hacia el objetivo que se propondría una *filosofía de la traducción*.

Es cierto que no existe ni una ciencia de la traducción, pero, como todo conjunto ordenado de saber que está indeciso entre el arte y la ciencia, es justo que tenga su *filosofía de la*. Aunque a lo mejor no se justifique esta disciplina, puesto que todas sus nociones pueden ser tratadas por la filosofía del lenguaje en el importante hito de la comunicación. Y la traducción es toda ella comunicación. De todas maneras la síntesis de Cassirer de las formas del pensar que yacen detrás de todo idioma nos sugiere una línea que partiendo de Humboldt

<sup>27</sup> *Id. id.*, p. 280.

<sup>28</sup> Ejemplo de Boas citado por CASSIRER, E., *op. cit.*, p. 151.

<sup>29</sup> Lo expuesto por Cassirer en este mencionado tomo I, ha sido modificado levemente en su *Antropología Filosófica* (México, F.C.E. 1945) donde, sin invalidar su análisis anterior, acentúa el aspecto social del lenguaje como comunicación. Ahora el habla humana no sólo tiene que cumplir una tarea lógica universal sino también una tarea social.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

remata en el concepto de *idioma universal* de Walter Benjamin<sup>30</sup>. En efecto, Humboldt<sup>31</sup> reconoció que los hombres se entienden porque se tocan recíprocamente en el mismo elemento de la cadena de representaciones sensibles y de creaciones interiores de conceptos. Esa cadena de representaciones va, para Cassirer, desde la impresión sensorial hasta el juicio lógico, pasando por el concepto. Y la traducción es precisamente, según el criterio de Benjamín, la que pone de relieve la íntima relación que guardan los idiomas entre sí, porque éstos no son extraños unos a otros sino que mantienen cierta semejanza en la forma de decir lo que se proponen. Expresado en otra forma: El parentesco histórico de los idiomas puede ser engañoso y hacer aparecer como más fáciles de traducir entre sí a dos lenguas de la misma familia. Pero lo que cuenta es el parentesco superhistórico que se funda más bien en el hecho de que ninguno de ellos por separado, sino en la totalidad, pueden satisfacer recíprocamente sus intenciones. Esto no implica que Benjamin *preconice la formación de un lenguaje universal... en el sentido de una máquina de traducir, o sea en el sentido de un esperanto. Benjamin quiere dar a entender que, de la reunión de las diversas nociones fundamentales del pensamiento de cada idioma, podría surgir un gran idioma universal impracticable*<sup>32</sup>. Esta concepción platónica de la traducción considera al lenguaje puro, idea eterna e inmutable, encarnado en las diversas formas inferiores de las diversas lenguas nacionales<sup>33</sup>. La traducción es la encargada de remontar hacia ella a través de las palabras y frases. Además estas palabras y frases de distintos idiomas tienen *entre líneas* las intenciones comunes de aspirar a ese lenguaje puro. Puede agregarse que la filosofía de la traducción de Benjamin se basa en la distinción husserliana de *pensar y pensamientos*. Mien-

<sup>30</sup> BENJAMIN, Walter, *La misión del traductor*, en *Humboldt, primer coloquio de escritores Ibero Americanos y Alemanes*, Hamburgo, Übersee-Verlag, 1963, pp. 46-50. Cfr. también allí las objeciones de Palm, Erwin Walter, pp. 7-8.

<sup>31</sup> VALVERDE, José María, *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*, edic. cit., p. 141.

<sup>32</sup> HOLLENER, Walter, objeción en *Humboldt, etc.*, edic. cit., p. 14:

<sup>33</sup> CAMACHO, Fernando, *Notas á margem*, en *Humboldt, etc.*, edic. cit., pp. 57.

tras que el pensar se realiza en español, inglés o alemán, el pensamiento es el lenguaje puro.

#### TRADUCCIÓN Y POESÍA

En el lenguaje poético y en el ordinario la metáfora abunda por doquier, el poeta dice que el hombre es un lobo, también lo dice el vulgo. *Todos nosotros, en cuanto creamos formas de lenguaje, todos somos poetas y artistas, aunque en la vida corriente los más no pasamos de artistas mínimos, mediocres, fragmentarios*, dice Vossler<sup>34</sup>, pero agrega: *no vale la pena examinar como poesía o arte nuestro hablar cotidiano*. Corresponde, pues, analizar la posibilidad de traducir poesías auténticas como las de Goethe o de Góngora. He aquí el hecho más extraordinario: atreverse a una *segunda edición modificada* de una obra de arte. La empresa es de por sí insólita, ¿cómo puede modificarse una obra de arte si ésta ya ha sido cerrada por el autor?

Benedetto Croce concibe el arte como actividad espiritual y como expresión, y sostiene la indisolubilidad entre intuición y expresión, o sea entre contenido y forma. En ese orden de cosas, trata de demostrar que a la variabilidad corresponde la de la expresión. El artista no intuye primero y luego hecha mano a las formas para expresarlo, sino que la intuición constituye ya esa expresión. No hay, por lo tanto, diversos modos o grados de expresión sino que al variar continuo de los contenidos corresponde la variabilidad irreductible de las formas de expresión. De todo esto se deduce la imposibilidad de la traducción. No podemos trasvasar de una expresión en la otra, como de un líquido de uno a otro vaso de diversa forma. Se puede elaborar lógicamente lo que primeramente ha sido elaborado en forma estética, pero no se puede reducir, lo que ya ha tenido su forma estética, a otra forma estética. *Cada*

<sup>34</sup> VOSSLER, Karl, *Filosofía del lenguaje*. Trat. de A. Alonso y R. Lida, Buenos Aires, Losada, pp. 37-38.

## *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

*traducción, en efecto, o bien disminuye y gasta, o bien crea una nueva expresión, remitiendo la primera al crisol y mezclándolas con las expresiones personales de aquel que se llama traductor. En el primer caso la expresión queda siempre una, aquella original, siendo la otra más o menos deficiente, no es esto propiamente expresión; en el otro caso, serán, sí, dos pero de dos contenidos diversos. Bruta fiel o bella infiel; este dicho proverbial representa el dilema delante del cual se encuentra el traductor. Las traducciones no estéticas como aquellas literales o parafrásticas, deben pues considerarse simples comentarios del original*<sup>35</sup>. La concepción de Croce lleva al problema literario del estilo. El artista no intuye primero su objeto y luego encuentra formas idiomáticas para poder expresarlo sino que ya está la expresión en su intuición. Este no es otro que el problema de *forma* (contenido) y *fondo*, que da, en su relación, los géneros literarios. Y en esta cuestión la posición de Croce es poco menos que la inexistencia de los géneros literarios<sup>36</sup>. Forma y contenido son, evidentemente, inseparables. Puede distinguirse entre forma y contenido por una mera necesidad terminológica, pero se sabe que todo contenido está formado y que toda forma está llena. Además como cada intuición, como estado de alma del artista, es individual y siempre nueva, habrá infinitas intuiciones, todas ellas sui generis e imposible de clasificarse en géneros. La individualidad de la intuición, implica, para Croce, la individualidad de la expresión, de donde se infiere que un soneto será tan distinto de otro soneto como es de una pintura. *El género o la clase es, en este caso uno solo: el arte mismo o la intuición, cuyas obras singulares son infinitas, todas originales, todas imposibles de traducir en otras (porque traducir, traducir con vena artística, es crear una nueva obra de arte) y todas rebeldes con relación a la inteligencia clasificadora*<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> CROCE, Benedetto, *Estética como scienza dell'espressione e linguistica generale*, Bari, Laterza, Cap. IX, pp. 75-77.

<sup>36</sup> CROCE, Benedetto, *Breviario di Estética*, Cap. II: *Pregiudizi intorno all'arte*, Bari, Laterza, 1958.

<sup>37</sup> *Idem*, p. 56.

Esta concepción de Croce, de estilo como creación, es, en cierta manera, opuesta a la de Ortega y Gasset, que considera al estilo literario sencillamente como selección y que se comporta respecto a la traducción como sigue: el escritor frente al diccionario elige palabras y las hace tema céntrico de su obra y en esa elección consiste precisamente el estilo<sup>38</sup>. El estilo es una serie de actos selectivos; tanto el escritor como el hombre vulgar, cuando escriben, seleccionan las palabras y al punto reparan dentro de cuán reducido margen pueden realizar tal elección. La lengua no sólo pone dificultades a la expresión de ciertos pensamientos, sino que estorba la recepción de otros. Y cuando se trata de hablar en una lengua que no es la materna, el parlante tiene menos posibilidades respecto de la elección porque no conoce como el nativo la fauna léxica y gramatical. El que habla (en este caso, el traductor) debe silenciar con pena gran parte de lo que se le ocurre, pero este silenciar que aquí aparece tan obvio es universal: toda lengua es una ecuación diferente entre manifestaciones y silencios<sup>39</sup> pero puede ocurrir que la traducción trate de decir en un idioma precisamente lo que el idioma tiende a silenciar; puede, entonces, el traductor revelar los secretos imbuidos en aquellos silencios milenarios y contribuir a una integración de la humanidad. Tal vez entre estos silencios milenarios se halla el lenguaje puro de Walter Benjamin.

Pero queda todavía por ver si la poesía puede cambiar de forma. A simple vista parece imposible cambiar la forma sin cambiar la poesía. Sin embargo muchas poesías se han traducido, aunque hay otras consideradas intraducibles; *Las soledades* de Góngora, por ejemplo. Sapir considera la posibilidad de que en literatura se mezclen dos niveles distintos de arte: un arte general, no lingüístico, que puede transformarse sin pérdida a un medio lingüístico ajeno y un arte concretamente lingüísti-

<sup>38</sup> ORTEGA Y GASSET, *El espectador*, Artículo: *Tema y estilo*, vol. I.

<sup>39</sup> ORTEGA Y GASSET, *Miseria y Esplendor de la traducción*, edic. cit., p. 445. Cfr. también HEIDEGGER, M., *Sein und Zeit*, Tübingen, Max Niemayr, § 33, 34, Dónde el habla incluye también el silencio.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

co, incapaz de transferencia; desde luego ninguno de los dos puede encontrarse puro <sup>40</sup>. La causa radica en la lengua misma.

Tal vez se ponga de relieve este problema, aunque sin resolverse, observando algo menos complejo como es, por ejemplo, la traducción de un efecto cómico. Bergson hizo notar que los efectos cómicos que se refieren a las costumbres y a las ideas de una sociedad particular, no pueden traducirse. En su ensayo segundo sobre la risa <sup>41</sup>, luego de distinguir entre situaciones cómicas y palabras cómicas, subdivide a estas últimas entre lo cómico expresado por palabras y lo cómico creado por el lenguaje. El primero puede traducirse a otro idioma, aunque pierda en gran parte su silueta. El segundo generalmente no puede, porque todo lo que es se lo debe a la frase, a la selección de las palabras. El lenguaje destaca las distracciones del lenguaje mismo, el cual resulta así cómico. La frase *Ce sabre est le plus beau jour de ma vie* no puede traducirse, al inglés por ejemplo, pues pierde su comicidad. Es que ha sido dicha por M. Prudhome <sup>42</sup> para quien *le plus beau jour de ma vie* es una frase hecha; ya ha acostumbrado al auditorio a oirla y luego, al completarla con un absurdo, surge lo cómico; pero esto cómico yace radicalmente en el lenguaje. Claro que se puede intentar una transposición de ese chiste a otra sociedad con otra lengua. O sea, para este caso, buscar una frase hecha, una vez conseguido este molde, asociarle una idea absurda y despertará entonces la comicidad. Así, si se tuviese en una frase española, la expresión *llevar los pantalones* tomada en sentido literal, es decir, si se tomase ex profeso en un contexto, el significado físico de las palabras por el moral y si con ello se ha logrado despertar la comicidad, entonces, cuando se desee traducir este contexto a otro idioma, se tendrá que buscar la equivalente frase hecha. El traductor inglés saldrá del paso con un simple *I am the guy who wears the pants*, en cuyo contexto tomará la precaución de que *pants* sea también tomado en sentido literal. Y si se desea la traducción al alemán también se tendrá que

<sup>40</sup> SAPIR, E., *El lenguaje*, edic. cit., p. 251.

<sup>41</sup> BERGSON, H., *Le rire*, Paris, Presses Universitaires de France, 1947, II, p. 79.

<sup>42</sup> *Idem*, *id.*, p. 86.

escoger la correspondiente frase hecha; sólo que en vez de *pantalones* serán *antoffeln*. Pero supóngase que con este cambio se pierda el efecto cómico porque el contexto exige única y exclusivamente la prenda *pantalones* y no otra. En ese caso sigue siendo correcta la traducción al inglés y no ya la alemana. Pero ésta queda supeditada al ingenio y al arte del traductor a quien corresponde cambiar no sólo la frase hecha, sino también hasta la situación cómica. Este sencillo ejemplo de la esfera de lo cómico, donde algo *se pierde* al ser traducido, puede constituirse en una pista para estudiar qué es lo que *se pierde* en el dominio de la literatura. La traducción inglesa ha resultado fácil por disponerse de la misma frase hecha; la alemana *pierde* porque el cambio de forma hizo perder el efecto cómico. Si el ingenio de traductor es capaz de buscar en el genio formal de su lengua otra frase hecha en la que se pueda trasponer este efecto cómico, entonces todo está salvado; de lo contrario debe crear toda una situación cómica similar a la original. Para ello debe sentir la *intención* del autor, esto es, debe comprender su estilo. Aquí es insuficiente la clasificación tradicional en traducción libre y literal (fiel) <sup>43</sup>. Aquí el traductor más fiel será el que sigue más rigurosamente las vibraciones del alma del poeta a través de las posibilidades de la lengua y no pierde el compás cuando las traspone en su propio idioma. Si el traductor comprende la intención del ritmo y halla el ritmo adecuado luego. Si comprende la intención de la metáfora y traduce por la metáfora correspondiente luego (a fin de cuentas *metaphéro* suele *traducirse* por *traducir*). Y si comprende la doble intención de la ironía, entonces será un buen traductor. Puede que su emoción desborde y resuelva conservar la idea, pero no ya seguir vibrando al compás del poeta, sino que busque y encuentre una nueva y bella forma, entonces será otro poeta o, como se ha dado en llamarle, un *Nachdichter* <sup>44</sup>.

En suma, en lo cómico, el autor ríe y contó su chiste; en la poesía,

<sup>43</sup> HÖLLERER, Walter, en *Humboldt*, publicación citada, p. 19.

<sup>44</sup> WAIS, Kurt, *Traduction, adaptation et transposition poétique*. Colaboración publicada en homenaje a Fritz Krüger, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, tomo II, pp. 575-589.



### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

el artista se emocionó y cantó su poema. Así como lo cómico depende a veces de las palabras, a veces de las situaciones significativas; en la poesía, la emoción depende también frecuentemente de la forma de las palabras mismas y otras veces de su significado. En el primer caso se dice intraducible, no así en el segundo. En lo cómico, aun suponiendo falsa la concepción bergsoniana de que su esencia yace en la rigidez mecánica, parece estar ante un caso bastante bien delimitado. Se experimenta inmediatamente de traducido si es o no cómico. El oído ríe apenas escucha, o no ríe. En la poesía ocurre lo mismo; *todo titubear entre dos idiomas y dos modos de cantar, o sea el del autor y el del traductor, es insoportable. El oído en seguida se da cuenta de semejante estado de cosas y le tiene odio al mensajero cojuelo que no sabe hablar ni callar*<sup>45</sup>. Pero en el caso del poeta, la emoción que tiene lugar, depende en mayor o menor grado de las posibilidades más complejas de la lengua; sus elementos fonéticos y morfológicos se combinan en una forma tan feliz que no pueden reproducirse nunca totalmente igual en otra lengua. Qué elemento sea el que da ritmo se comprende y se estudia en versificación, pero cual sea el elemento que quita y pone emoción, aun queda por investigarse, aun yace oculto en lo que se denomina *forma interna del lenguaje*. Por qué un cuento produce menor efecto estético cuando se lo cuenta en otra lengua, o bien, cuando lo repite otro en la misma pero que no lo sabe contar. Qué hay en un término que en su momento no produce el mismo sentimiento estético que su sinónimo. Por qué al comenzar por la oración principal y no por la subordinada como estaba en el texto, el poema ha perdido la mitad de su encanto. Todo esto lo sabe el poeta, y parece que todavía no la ciencia. Pero es la psicología la que debe aclarar la causa de que una palabra por el poeta así usada, produce el milagro allí donde él la ubicó y no en otra parte. Si se la quita de allí choca. ¿Por qué resulta la emoción? Si se considera al lenguaje como un instrumento puede buscarse la razón del sentimien-

<sup>45</sup> HERDER, Johan Gottfried, *Poesía y Lenguaje*, trad. de Ilse Brugger, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, Instituto de literatura germánica, 1950, p. 27.

to estético en él y pretenderse dilucidar la cuestión analizando campos semánticos de términos y se lo ha hecho generalmente. Pero ello no aclarará nunca como puede ser que el poeta fuerce su hablar cotidiano y lo entregue de una forma tal que parezca, no sólo que su arte no es forzado, sino que su expresión no pudo haber sido otra que esa. Es decir que el lenguaje halló su forma más natural de expresarse en esa lengua y cuando se lo vierte en otra ya no parece tan natural.

Donde más se discute este problema es en la poesía lírica. Allí suelen suscitarse cuestiones cuando se duda entre respetar la rima o sacrificar la intención. Allí también se debe reconocer que los problemas no se presentan de la misma manera para las diferentes lenguas. En cuanto a la forma por ejemplo, *el principio que determina el verso griego y el latino es el contraste de valores cuantitativos; el que determina el verso inglés es el contraste de acentos tónicos, el del verso francés es el número de sílabas y la rima; y el principio que determina el verso chino es el número de sílabas, la rima y el contraste de entonación. Cada uno de estos sistemas rítmicos procede de los hábitos dinámicos inconscientes de la lengua respectiva, tal como éste sale de los labios del pueblo*<sup>46</sup>. Cuando el poeta conjuró las posibilidades de esa forma ocurrió el milagro y, entonces, parece imposible que se pueda traducir. Pero queda la posibilidad de otro milagro, el de su traducción. Una buena traducción, esto es, una buena trasposición poética —*Nachdichtung*— *es una maravillosa excepción. Pero toda la verdadera poesía es misterio y excepción*<sup>47</sup>. El buen traductor de poesías es poeta. Pero mientras que el poeta en su emoción ha conjurado una realidad informe; el traductor ha conjurado una realidad ya prácticamente interpretada. El poeta crea, el traductor comunica que se acaba de crear. Aceptando que el arte literario no sea más que evasión o liberación, o suponiendo que existan poesías, cu-

<sup>46</sup> SAPIR, E., *El lenguaje*, edic. cit., p. 260.

<sup>47</sup> WAISS, Kurt, artículo citado. En el mismo se tilda de confusa a la expresión *Nachdichtung* (que suele traducirse por trasposición poética). Además se discute la posibilidad de la traducción al alemán de las poesías de Mallarmé y se compara, con abundante ejemplificación, tres traducciones del más oscuro y el más refinado maestro de la literatura francesa de fines del siglo pasado.

## *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

yo autor nunca se propuso comunicar; el traductor, para traducirlas, debe comunicarlas. El auténtico poeta se atrevió a paralizar el lenguaje a pesar de que éste es *energeia*; su obra perdurará por siglos. El traductor usó del lenguaje como instrumento, para comunicar lo que el poeta hizo, su obra no perdurará; con el tiempo habrá que volver a comunicarlo, es decir, volver a traducirlo.

### TRADUCCIÓN Y PSICOLOGÍA

Son extraordinariamente complejos los factores psicológicos que intervienen toda vez que existe una traducción. El estudiarlos no es privativo sólo de la psicología. El leve cambio de una cultura, puede implicar el cambio o modificación de un idioma, pero esto no corresponde a la traducción en sentido estricto. La psicología sólo puede contribuir a aclarar en parte los elementos socio-culturales e históricos que determinan el cambio de significado pero este estudio, como se dijo, corresponde a la semántica. Esta, al intentar explicar la necesidad de los cambios de significado, ha perdido mucho tiempo apoyándose en la lógica. Después reconoció la importancia de la psicología<sup>48</sup>. Aquí corresponde más bien analizar al traductor ante el idioma extranjero. También es la psicología auxiliar del método del traductor, pero no interesa por ahora. Interesa la conducta del traductor, ente psíquico, ante un contexto en lengua extranjera. Supóngase que el traductor lee: *La langue est une ouvre de l'intelligence, una invention au même titre que nos habitations, nos outils*; entiende inmediatamente toda la frase aun cuando no encuentra la traducción satisfactoria para la expresión *au même titre*. Luego al concentrar su atención buscando la expresión equivalente, el término *titre* le sugiere otros como *título*, *documento legal*, etc., que lo único que hacen es velar un poco el significado que había pensado de la sentencia, sentencia que ya te-

<sup>48</sup> KRONASSER, Heinz, *Handbuch der Semasiologie*, Heidelberg, Hans Krahe, 1952, cap. I, p. 25-39.

nía clara sin traducir ese modismo. Por fin cae en la cuenta del modismo equivalente, pero la sentencia no se le presenta por eso más clara de lo que estaba cuando pensó el modismo directamente en el original francés. Se involucran, en este ejemplo de Kainz<sup>49</sup> entre otras cuestiones, la siguiente, que entendemos pertenece a la psicología de la traducción: ¿piensa el traductor en la lengua extranjera o piensa las expresiones traducidas en su lengua materna?

Ya maestros de larga experiencia docente como Gabelentz inculcaba a sus discípulos (alemanes): *¡no traduzcas del alemán, piensa en la lengua extranjera!*<sup>50</sup> y se jactaba de transportar sus pensamientos al fondo del texto original, sin trasponerlo a la lengua materna, llegando con ello no sólo al manejo libre y creador del idioma extranjero, sino también al uso idiomático natural. ¿Puede pensarse totalmente en una lengua que no es la materna?

Previo a este problema, debiera ser el de la relación entre lenguaje y pensamiento. ¿Son primeros los pensamientos o las lenguas a las que se traducen? Suele atribuirse a Guillermo de Humboldt la paternidad de la teoría que sostiene que el pensamiento se encuentra consubstanciado con el lenguaje, que no es el caso de pensar primero y luego solicitar la colaboración del lenguaje para expresar lo pensado. Valverde, cuyo ensayo sobre Humboldt ya hemos citado, se sorprende del dato de que el vizconde Louis de Bonald (1754-1835) haya precedido a Humboldt, en la misma teoría, unos veinte años<sup>51</sup>. Y, en efecto, fue Bonald quien dijo que *pensar, es hablarse a sí mismo con una palabra interna; y hablar es pensar en alta voz y delante de la gente; que el hombre piensa su palabra antes de hablar su pensamiento; finalmente y como consecuencia de ello, fue él quien dedujo que el lenguaje es obra de la revelación (!) y*

<sup>49</sup> KAINZ, Friedrich, *Psychologie der Sprache*, Stuttgart, Ferdinand Enke Verlag, Zweite, Auflage, 1954, Vol. I, p. 165.

<sup>50</sup> GABELENTZ, Georg von der, *Die Sprachwissenschaft*, Leipzig, Chr. Herm, Tauchnitz, 1901, p. 71.

<sup>51</sup> VALVERDE, *op. cit.* p. 63.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

que le fue dado al hombre inmediatamente por la divinidad<sup>52</sup>. Lo curioso del caso es que Bonald responde a las objeciones con las mismas reservas que se le hacen. Se le objetó que la anterioridad del pensamiento estaría revelada por el conocido hecho de que podemos tener una idea, sin encontrar la palabra correspondiente. O como modernamente sostiene W. D. Whitney y C. E. Spearman; sabemos suficientemente acerca de lo que se trata pero todavía peleamos con la palabra que está *en la punta de la lengua*<sup>53</sup>. Para ambos psicólogos son, pues, primeros los pensamientos. Lo que ocurre, contesta Bonald, es que creemos poseer un pensamiento y buscar la palabra, cuando en el fondo lo que buscamos es el pensamiento mismo. La cuestión no está resuelta todavía; lógicamente no puede estarlo, puesto que si no se sabe qué es pensar, no se puede determinar con exactitud su relación con el lenguaje. Con todo, en vista de la acepción ordinaria de *pensar*, queda aún por considerar si se piensa en la lengua extranjera o si previamente se traduce, esto es: si se puede llegar a pensar en la lengua extranjera como en la materna. Lamentamos no disponer de la bibliografía para investigar el tema. La observación de personas que por mucho tiempo residen en un país extranjero revela, por lo pronto, que algunas expresiones como *merci* o *vielen Dank* no son traducidas ya, desde luego, por el pensamiento. Pero no se limita sólo a conceptos tan breves la transferencia de categorías gramaticales; es un hecho, además, que luego de mucha experiencia llegan las personas a pensar directamente en el idioma extranjero; y a veces priva más éste. Españoles de prolongada estada en países de habla inglesa, obligados eventualmente a hablar castellano, muestran una tendencia a usar *azul tela*, *cómoda casa*. Pero también es un hecho que, de todas maneras, les queda un fondo último de la lengua materna del que es imposible desprenderse. Así, se ha visto que en sus cálculos aritméticos (comprar una docena de objetos a

<sup>52</sup> LAROUSSE, Pierre, *Grand Dictionnaire Universel*, vol. 2º, p. 916.

<sup>53</sup> KAINZ, Friedrich, *Op. cit.*, vol. I, p. 164.

un precio cada uno y calcular la vuelta, etc.) siempre se sigue pensando en el idioma nativo. También se hace patente esto en las plegarias, la iglesia es extranjera, pero las oraciones se rezan en el idioma materno. Esto, no obstante, puede explicarse solamente por el hecho de que, tanto las tablas de multiplicar como las oraciones, fueron grabadas en la fresca memoria de la niñez y se mantienen, por tanto, inalterables en su forma originaria. En ese caso cabría felicitar a Locke que hizo la observación de que el lenguaje tiene como misión la de registrar los propios pensamientos en auxilio de la memoria<sup>54</sup>. Sea como fuere, es tan importante llegar a pensar en una lengua extranjera, que, cuando se lo logra, se puede dar por satisfecho de su conocimiento.

La misma cuestión se plantea en el caso de niños a los que se enseña simultáneamente dos o más idiomas. Lo natural es que ellos, sin traducir, piensen en esos idiomas y que por un tiempo largo sepan acerca de lo que es la traducción, lo mismo que cualquier otro niño que no ha aprendido más que su lengua materna. En la primera infancia, como es sabido, sus palabras no pertenecen a léxico alguno, son sólo balbuceos cargados de afectos, deseos e intenciones; luego se apropiará cada vez más de las palabras de su alrededor. Pero ¿qué ocurre si ante sus requerimientos se le ofrecen dos o tres idiomas? ¿Los aprenderá fácilmente y se habrá así cultivado el alma de un futuro poeta bilingüe o, simplemente, no aprenderá ninguno de ellos con nefastas consecuencias para su desarrollo mental? Evidentemente en esta cuestión no puede haber una sola respuesta precisa. Los psicólogos suelen advertir sobre las a veces desastrosas consecuencias que trae aparejado el *bilingüismo* en algunos niños. Así se citan casos, como por ejemplo el de Rohr<sup>55</sup>, donde este aprendizaje doble perjudica desde la formación de las categorías hasta el entendimiento de ideas. Claro que el caso no es precisamente el de desear:

<sup>54</sup> LOCKE, John, *An essay concerning human Understanding*, N. York, A. Campbell Frasser, 1959, Vol. II, p. 9.

<sup>55</sup> KAINZ, Friedrich, *Psychologie der Sprache*, tomo II, p. 705, edic. cit.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

se trata de un niño de seis años, cuya lengua materna ya era la alemana y fue enviado a una escuela donde sólo se hablaba francés. Su atraso fue casi total, y aun puesto luego en una escuela pública de Viena, debió repetir año. Otro caso anormal es el de Ronjat<sup>56</sup>: a este, mientras su madre le hablaba sólo en alemán, el padre no se expresaba delante de él más que en francés. Ahora bien, concluyendo con estos ejemplos anormales se puede afirmar que cuando dos o más idiomas son inteligentemente enseñados no hay motivo para que surjan anormalidades ni para que se dañe espiritualmente al niño. A nuestro entender no existe tal peligro y no estorba en el pequeño, de manera alguna, el bilingüismo la formación de sus categorías. Podrá haber trastornos si se le recarga considerablemente el aprendizaje con un vocabulario mayor que el que corresponde a su edad; pero la enseñanza convenientemente dosificada por sus mayores no es nociva. Por lo demás, niños normales crecen en lugares donde se oyen y hablan dos o tres idiomas sin trastornos de ninguna especie. Ello se da análogamente en regiones en donde, además del idioma oficial que impone el gobierno, se habla otro regional; verbigracia Cataluña. El problema es, antes bien, de asimilación de vocabulario. Pero, también cuando de un solo idioma se trata, si se recarga el aprendizaje se originan igualmente anormalidades. El inglés tiene 300.000 palabras, de las que un inglés culto sólo conoce 30.000; y con 1.000 un niño puede comunicarse y entenderse perfectamente con los suyos. Y el hecho de que el vocabulario pertenezca a dos lenguas dispares no implica otra dificultad que la que se produce con un solo idioma. Ocurrirá simplemente que una vez traspuesta la época de los balbuceos ideológicos de su lenguaje privado y sui generis, encontrará el niño ante sí abierta dos *grandes cuencas del mundo* y de la gran *fauna léxica gramatical* que los adultos le ofrecen, hará su elección: es que él tiene también su estilo y, lógicamente, preferirá una palabra antes que otra: le gustará más. Así por ejemplo, hemos obser-

<sup>56</sup> KAINZ, Friedrich, *id. id.*, p. 33.

vado a un niño de ocho años, que habla español e inglés y que cuando se refiere a su pistola de juguete siempre la denomina *gung* aunque hable en español. Análogamente, respecto de su perro, se observa una fuerte tendencia a denominarlo *perrito*. Y si se compara a éste con otro niño que sólo posea una lengua, se colegirá que el proceso es casi igual: él también hace su elección y algunos términos pesarán más en su vocabulario que otros. Además, en las ocasiones en que la elección no dependa de él, la primera significación o símbolo que le imponga el uso local habrá de ser la que más influirá en su estilo. En efecto: el niño de nuestro medio llamará casi invariablemente *saco* a lo que otro conoce como *chaqueta* o como *americana*. Por lo tanto, tratando de responder a la pregunta arriba planteada, se dirá que generalmente los adultos bilingües ya han hecho su elección, cuando de crear obras literarias se trata. Tal vez deseen un idioma para un determinado asunto y otro para la poesía, quizá las circunstancias lo obliguen a elegir, como ocurrió con el latín que dio estilistas de envergadura como Descartes o el caso de poetas como D'Annunzio, que escribió en italiano. Ante la diversidad de casos, y sin responder concretamente, nos adherimos a la opinión de que sigue siendo la lengua materna la que muestra la fina entraña poética, y si aquellas son dos, no habrá buena poesía, si la hay será mediocre: la aparición de la musa no puede ser doble; el milagro no admite duplicado. Herder se preguntaba *si alguien, en más de un idioma, puede ser un Homero igualmente perfecto, un Píndaro u Horacio en una lengua muerta y un Shakespeare en otro idioma que no fuera su lengua materna...* y respondía negativamente<sup>57</sup>.

También existe otro curioso, involuntario y generalmente instintivo modo de enseñar dos idiomas al niño que suele dar buenos resultados. Se trata de inmigrantes, supóngase el caso de los italianos, que llegados al país en edad madura se expresan mediante una

<sup>57</sup> HERDER, Johan Gottfried, *Poesía y Lenguaje*, edic. cit., p. 46.



## *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

mezcla de dos lenguas, *cocoliche* (Mischsprache)<sup>58</sup>, esto es, una media lengua entre su idioma y el español. Su hijo se habitúa a escuchar y a entender esta forma de expresión donde se mezclan palabras de uno y otro y en la que palabras del uno tienen flexiones del otro terminando por entender y más tarde por hablar ambos idiomas.

### TRADUCCIÓN Y SOCIEDAD

Nunca se ha hecho más ferviente que ahora el deseo de comunicarse entre los hombres de las diversas partes del orbe. Tampoco nunca se ha traducido tanto como en el presente siglo. Sin embargo todo lo hecho es exiguo. En las Naciones Unidas se traducen anualmente 270.000 páginas<sup>59</sup>. El grupo de naciones Indochinas publica, entre diarios, revistas y libros, alrededor de tres billones de palabras por año; de ellas, mucho menos del uno por ciento son traducidas al inglés, al francés o al alemán<sup>60</sup>. El Mundo actual, en su esfuerzo por superar la confusión (o Babel), castigo por su soberbia según el Génesis<sup>61</sup>, acude a tres expedientes: intérpretes, idiomas universales y máquinas de traducir.

El intérprete, esto es, el hábil lenguaraz que pone en comunicación a dos personas, o grupos de personas, presentes y de lenguas dispares, sugiere nuevos aspectos en el problema de la traducción. Traducirá, no sólo palabras y silencios, sino también ademanes, gestos, etc. Si traduce las mismas palabras y deja intactos gestos y ademanes, es probable que no se le entienda. Efectivamente, puede que uno de sus interlocutores sea alguno de aquellos indios americanos que no

<sup>58</sup> Una carta en esta media lengua puede verse en GROSSMANN Rudolf, *Mitteilungen und Abhandlung aus dem Gebiet der romanische Philologie*. Hamburg 1926, Band VIII. (Das ausländische Sprachgut im Spanischen des Rio de la Plata), p. 152.

<sup>59</sup> *Argentina Esperantista*, Órgano de Liga Argentina de Esperanto, N° 351, Rosario, 1963, p. 3.

<sup>60</sup> KING, Gilbert W.; WU CHANG, Hsien, *Machine Translation of Chinese*, Scientific American, sin lugar de impresión, junio 1963, p. 2.

<sup>61</sup> *Génesis*, XI, v. 9.

señalan con los dedos, sino con los labios, entonces miraría el dedo y no el objeto que éste le indica<sup>62</sup>. El dominio de la interpretación de gestos y ademanes o la exclusión de los mismos en una conversación, telefónica por ejemplo, corresponden a la *Metalingüística*. Esta ciencia ha avanzado últimamente gracias, entre otros, a los ingenieros en comunicaciones, principalmente de la Bell Telephone Co., de los Estados Unidos. En segundo lugar, el intérprete no debe ser siempre fiel y riguroso con ambos lenguajes; tiene a veces que clarificar, en beneficio de la audiencia, aquello que ha sido expresado vagamente o en términos técnicos. Su actividad requiere en ocasiones un entrenamiento científico y cultural envidiable. Su espíritu sagaz configurará el mensaje al entendimiento del que lo recibe e, incluso, suplirá algún paso omitido en el razonamiento del que habla. Ocurrirán también situaciones en que una sola palabra habrá de ser explicada largamente al destinatario: sea el caso, por ejemplo, en que un español se decida en un momento determinado de la conversación a tutear a su oyente inglés. En fin, todo esto porque el intérprete ya no se las entiende solamente con el lenguaje escrito; tiene ante sí la complejidad del *habla*.

Después del cuarto tercio del pasado siglo, el hombre ha anhelado contar con un idioma universal. Hay más de 300 lenguas de este tipo y van desde meros fantaseos hasta creaciones dignas de aplauso. Indudablemente se necesita un idioma mundial común. Representaría un enorme progreso para la humanidad. Aunque no se sienta ni se piense por no ser idioma de pueblo alguno y aunque el arte poético a él traducido constituya una vana pretensión, es incuestionable que, en lo que al entendimiento de los pueblos respecta, constituirá una gran conquista. Ya se dijo<sup>63</sup> que no se puede dotar de significaciones a vacías palabras y pretender que el pueblo hable con ellas.

<sup>62</sup> GLENN, Edmund S., *Interpretation and Intercultural Communication (Introduction to the special Issue)*, E. T. C., Chicago, 1958, vol. XV, N° 2, p. 90.

<sup>63</sup> TOLABA, Walter A., *Heidegger y la lógica*, en UNIVERSIDAD, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1964, N° 60, pp. 103-104.

### *La Filosofía del Lenguaje y la Traducción*

Pero es el caso de que aquí se trata de un simbolismo, el cual ayuda a expresar ideas y puede implicar un avance notable, entre otras cosas, para la ciencia. Lingüistas eminentes se han afanado en la construcción de estas lenguas artificiales. Después de la difusión del *esperanto*, Otto Jespersen creó en 1928 el primer tratado relativo al *novial*, éste a su vez se propone reconciliar las tendencias de otros dos idiomas artificiales: el *ido* y el *occidental*. El *esperanto II* fue propuesto por René de Saussure, de Suiza. En estos idiomas ya no se trata de traducción de una a otra lengua. Se trata de que éstas, previa *depuración* son vertidas en una tercera o, como se dijo, en un sistema de símbolos. Aquí es la urgencia de comunicación la que cuenta en detrimento de idiotismos, refranes, modismos, etc. que son anquilados.

El idioma universal, puede ser modificación de otro, como el *latín sin flexiones (interlingua)* por el que abogaba G. Peano desde 1903 y en el cual entran radicales clásicas del latín que se completan con cierto número de palabras internacionales modernas. O el mismo es el caso del *inglés básico* ideado por C. K. Ogden, en el que con seis reglas gramaticales fundamentales y un vocabulario de 850 palabras es posible entenderse entre las partes más distantes del globo. Las críticas de este último van desde la aseveración de que un extranjero aprende fácilmente las 850 palabras en tanto que un inglés culto como Churchill, que conozca 100.000 palabras, tiene que memorizar las 99.150 que debe olvidarse para contestarle<sup>64</sup>, hasta la opinión de que el inglés básico sería simplemente una introducción al inglés, el que paulatinamente lo iría reemplazando. Lo primero, según I. A. Richards, es tan absurdo como sostener que el estudiante que aprendió álgebra ya no pueda volver a servirse de la aritmética<sup>65</sup>. Lo segundo es factible, ojalá lo fuese, puesto que las personas cuya

<sup>64</sup> REYNOLDS, Perry, *¿Será el Inglés Básico el Idioma Auxiliar Universal?*, en *Revista Rotaria*, Chicago, Enero, 1944, tomo XXII, pp. 10-11.

<sup>65</sup> RICHARDS, I. A., *Cualquiera puede aprender Inglés Básico*, en *Revista Rotaria*, edición citada.

lengua materna no es el inglés no verían con *malos ojos*, por ello, al básico, ya que su interés es el de comunicarse.

Una bendición para los pueblos es la traducción a máquina. Ella abrevia tiempo y, aunque sus resultados no sean siempre los de desear, supera muchas veces a los malos traductores. También supera a los buenos cuando de materia científica se trata o de exposiciones de congresos cuya traducción requiere celeridad. No sólo celeridad: cuando las materias científicas son varias a la vez, su *memoria* almacenará datos y conocimientos que difícilmente puedan alojarse en la memoria de cualquier científico. Aún no supera la máquina al buen traductor, si comparamos al texto por ella terminado y el de aquél. Pero es lo cierto que cada vez más se le acerca. No está lejano el día en que las comunicaciones a congresos científicos y los libros técnicos sean redactados con una previa preparación ad-hoc (*pre-editing*) en vistas a ser correctamente traducidos por el cerebro electrónico. También se estudia la posibilidad de que la máquina *lea*, directamente, el texto que se introduce (*input*); la dificultad que subsiste en estos casos es la diversidad de caracteres tipográficos. Además, y por otra parte, la construcción de estas traductoras exige a fondo a los lingüistas en el estudio del comportamiento mismo del lenguaje vivo, ya no referido al pasado, sino al dinamismo íntimo de la formación de las frases <sup>65</sup>. Pero de estos problemas, así como de estas traductoras nos referiremos más extensamente cuando se nos ceda nuevamente aquí lugar.

<sup>65</sup> E. DELAVENAY, *La máquina de traducir*, Eudeba, Buenos Aires 1961, p. 10.